

los reyes persas ciudad tan importante resolvieron residir allí una parte del año.

Envalentonado Darío por la victoria, pensó en reanimar la guerra del Hiran contra el Turan, es decir, de la Persia contra los escitas. Designaban los antiguos particularmente con este nombre á los pueblos que habitaban entre el Don y el Danubio, y que se denominaban en su lengua skolotas. Feroces de costumbres, no vivían mas que de guerras y rapiñas, cayendo de improviso sobre países cultivados en rededor de ellos, y sacando los ojos á sus prisioneros, por falta de residencias fijas donde pudieran guardarlos en servidumbre. Acosados por los másagetos, habían pasado el Araxo, y arrojado de sus moradas, al Norte del Mar Negro, á los cimmericos ó cimbríos; precipitáronse desde allí sobre el Asia Meridional (624), y sesenta años antes de Ciro habían avasallado al Asia Menor, adelantándose hasta las fronteras de Egipto. Como ya dijimos, había sido la Media tributaria suya por espacio de veintiocho años, y cuenta Diodoro que habían llevado colonias á la Sarmacia. Con efecto, los osetos, que ocupan actualmente el centro del Cáucaso, se denominan entre sí ironés, conservando de este modo en su doble nombre vestigios de la antigua nación del Oxo y del Hiran, que dominó en un principio la Persia, y más tarde hizo grandes estragos en Europa con el nombre de alanos.

Cuentan también las crónicas georgianas que los czaares, moradores del país situado al Norte del Cáucaso, hicieron una irrupción entre el Cur y el Araxo, y se llevaron muchos prisioneros, que trasladaron junto al Terek, en las mismas playas donde habitan actualmente los osetos. Tan numerosas analogías ofrece su idioma con el persa, el zendó, el curdo, que Klaproth los considera como descendientes de los medos. Daban los persas á los escitas el nombre de sacios, que significa *perros*; la reciente memoria de sus incursiones, que podían renovarse á cada momento, hacía que se mirara como nacional una guerra contra tales enemigos. No era la raza dominante ó noble la única que debía empuñar las armas para acometerlos, pues tenían la misma obligación todos los pueblos sometidos, lo cual hacía los ejércitos innu-

merables y ponía obstáculos á la disciplina. De esta manera juntó Darío setecientos mil soldados; pero como se acercase al país de los escitas, le fueron entregados de parte del enemigo un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas; lenguaje simbólico de los tiempos heroicos, que interpretó un sabio en esta forma: *Si no vuelas como un pájaro, ó te escondes debajo de la tierra como un ratón, ó te sumerges en las aguas como una rana, no te libertarás de las flechas de los escitas.*

Es, con efecto, muy árduo avasallar á los pueblos vagabundos y salvajes. Habiendo pasado Darío el Dniester, el Bog, el Dnieper, el Don y ganando las desnudas estepas de la Ucrania, vió que tenía que luchar contra la misma táctica que ha triunfado de Napoleón en nuestros días. Huyendo sin cesar los escitas delante de la caballería ligera de Darío, talaban el territorio, caían sobre la cabeza ó sobre la cola del ejército, sobre los destacamentos, sobre los merodeadores, y desaparecían con singular presteza. De aquí resultó que, vencido sin haber logrado combatir nunca, se vió el rey obligado por el hambre á emprender la retirada. No obstante, su expedición no dejó de tener consecuencia, pues ocupó la Tracia y la Macedonia, sentando así el pie en Europa, donde empezó á hacer la guerra á los griegos.

Fué más venturoso en la empresa contra la India. Había enviado primeramente al griego Scylax para que explorara el país y reconociera las comarcas á lo largo de el Indo, penetró allí en seguida y sujetó á la dominación persa el territorio montuoso situado al Norte de este río, que vino á servir así de frontera á su imperio. Entretanto Ariand, uno de sus sátrapas, acometió en Egipto una expedición contra Barca para castigar á los asesinos del rey Arquesilao; habiendo destruido esta ciudad trasladó á ella los habitantes de Asia. En suma, el imperio de Darío tuvo por confines al Sur el Mar de las Indias, el Golfo Pérsico y la Península Arábiga; al Norte el Mar Negro, el Cáucaso y el Mar Caspio, que antes de Gengis-Kan no traspasó conquistador alguno; al Este el Indo; al Oeste el Mediterráneo; el Eufrates lo dividía en dos partes.

El odio de los griegos contra un monarca que amenazó de continuo su independencia,

valió á su memoria violentos ataques; llegando hasta el punto de que como le suplicara un anciano llamado Ebaso á fin de que le dejase por lo ménos uno de los tres hijos que militaban bajo sus banderas, para que fuese apoyo de su caduca vida, le contestó:—*Quiero hacer más en tu obsequio: á los tres los dejaré contigo,*—y mandó que fuesen degollados. Pero las tradiciones y la intimación que hizo á los cartagineses reducida á que se abstuvieran de los sacrificios humanos nos le representan de muy distinto modo.

La aparición de Zoroastro, reformador de la religión, es el hecho más importante de su reinado.

### CAPITULO III

Dispuso Licurgo su ciudad natal según el modelo de un campamento donde estuviera la paz asediada de sospechas y amagada, donde toda la vida hubiese estado consagrada á preparar la guerra, y luego recomendó á los espartanos que vivieran en sosiego. Natural era que no le prestasen obediencia; así no bien hubo muerto, empeñaron contra los arcadios y los argios combates que duraron desde 873 á 743, y guerras más memorables contra Mesenia.

Aun siendo de raza dórica, los mesenianos habían tomado odio á los de Esparta desde el instante en que al repartirse el Peloponeso, se apropiaron éstos una porción más considerable de la comun conquista. Habíanse ayudado recíprocamente los reyes de ambos países siempre que sus súbditos amenazaban disminuir su autoridad; pero los dos pueblos se miraban de reojo, y mucho más después que Esparta y Mesenia avasallaron completamente á los moradores del campo en la Laconia. Atestada la mina hasta la boca, bastaba una chispa para hacer que estallase. Cierta número de doncellas espartanas se dirigían á una fiesta al templo de Diana, común á los dos pueblos y situado en sus confines, cuando fueron sorprendidas y deshonradas por jóvenes de Mesenia; todas se dieron la muerte por no sobrevivir á tamaño ultraje.

Poco después Polycares, rico meseniano,

confió sus rebaños á Evadno, lacedemonio, para que los apacentase en las fértiles praderas de la Laconia; pero éste los vendió y esparció la voz de que habían sido robados por los corsarios. Descubierta el fraude, Polycares envía á su hijo á reclamar el precio á Evadno, quien le da muerte. En su desconsuelo presenta el padre su querrela ante el magistrado de Esparta; pero viéndose pagado en palabras, monta en cólera y se precipita furioso sobre todos cuantos encuentra en la ciudad. Entonces envía Esparta embajadores á Mesenia para pedir satisfacción, y no lográndola tan cumplida como desea, le declara una guerra de esterminio (742). Ambas se arman, pelean y devastan á porfía con el furor propio de guerras fratricidas.

Habían jurado los guerreros de Esparta no volver á su patria mientras no satisficieran su venganza; así no perdonaban ni á los campos ni á los hombres. Reducidos los mesenianos al último extremo, acudieron al oráculo, quien les dió por respuesta: *Es menester aplacar á los dioses con la sangre de una virgen de real estirpe.* Toca la suerte á la hija de Lycisco, pero favorece su evasión el padre. Codiciando Aristodemo los sufragios populares y la autoridad soberana, presenta entonces á su propia hija, y cuando llega á protestar su amante que ya no es doncella y que pronto dará á luz el fruto de sus amores, el implacable padre la degüella por su mano. De este modo empezó á reinar y aplacó á los dioses.

No por esto se salvó Mesenia; antes bien, desgarrado aquel ambicioso por los remordimientos, acabó dándose muerte, y cayó en poder del enemigo Ithoma, su última plaza (722). Refugiáronse los vencidos en gran número á Argos, á la Arcadia y á Siracusa; aquellos que quedaron desparramados en su patria hubieron de jurar fidelidad á los espartanos, darles en tributo la mitad de sus cosechas, y asistir, vestidos de luto, á los funerales de los reyes y de los magistrados de Esparta.

En cumplimiento del juramento prestado, los reyes de Esparta hubieron de permanecer veinte años fuera de su patria, y se cuenta que en aquella ocasión fueron creados los éforos para suplirlos. A su regreso se conservó á aquellos nuevos magistrados, á fin de que en caso de divergencia de pareceres entre los reyes y

el senado, su determinación fuese la decisiva, y así se vió reducido el pueblo á confirmar ó á desechar lo que se proponía, sin que fuese dueño de modificar cosa alguna.

Necesariamente debia haber disminuido la población á causa de la larga ausencia de tantos guerreros; para proveer á esta falta, el senado envió orden al ejército de que volviesen los más mancebos, que llegados más tarde á la edad de hombres, no habían prestado en unión con los demás el juramento, á fin de fecundar las mujeres. Moral esencialmente espartana! Los hijos nacidos de aquella prostitución legal fueron llamados *parthenienos*. Expulsados por los maridos al regresar á sus hogares, se trasladaron á Italia, donde fundaron á Tarento.

Hallamos en Italia otras colonias espartanas, especialmente los lócios y los crotoniatas, célebres como luchadores. A los ilotas, que habían querido aprovecharse de aquella coyuntura para sublevarse, y fueron dominados, se les dispersó en estos últimos establecimientos.

Cuarenta años pesó la dura tiranía de Esparta sobre los mesenianos, hasta que llegó á convertirse en voluntad unánime el deseo de venganza que alentaba sus corazones. Cediendo al voto nacional, Aristomeno, vástago de sus antiguos reyes, juntó á la juventud y la excitó á libertar la patria. Fué proclamado rey, pero satisfecho con el título de general, infundió con sus primeras expediciones tal espanto á los lacedemonios, que enviaron á consultar el oráculo. Fuéles respondido que buscaran en Atenas un general para que les mandase. Atenas era rival de Esparta; envanecida al ver que recurrian á ella, envió casi por mofa á Tirteo, que poeta y nada más, era cojo. Pero hizo ver á los espartanos cuán injusto era no estimar más que la robustez del cuerpo, pues supo inspirar con sus cantos tal ardor á los combatientes, que reanimó su denuedo y alteró completamente el aspecto de la fortuna. Por desgracia consagró su genio á una causa inicua, al exterminio de un pueblo á quien el exceso de la opresión había hecho convertir en cuchillos los hierros con que fuera encadenado. En las filas de Aristomeno hubiera podido el poeta hablar á lo ménos de patria, nutrir sus cantos con sentimientos generosos y consoladores; en las de Esparta no tenía otro recurso que estimular el valor,

patentizar cuán vergonzoso era apelar á la fuga y sobrevivir á una derrota, sin invocar nunca á Dios, la virtud y la justicia.

Tenían que habérselas los espartanos con gentes reducidas á la desesperación; así la victoria fué todavía del héroe meseniano. Luchó por espacio de tres años, pero al fin retumbó nuevamente en contra suya la voz de Tirteo, y le vendieron los de Arcadia, comprados por los espartanos.

Vencido Aristomeno, se retiró á las montañas, refugio de la libertad, y sostuvo en la fortaleza de Ira un asedio de once años. Otra vez vino la traición á serle adversa, y fué tomada Ira (578). Abrióse paso Aristomeno al frente de los restos de la guarnición y anduvo errante por Grecia. Se dispersaron sus soldados; parte de ellos pasaron á Sicilia, y derrotando á los habitantes de Zanclea, dieron á esta ciudad el nombre de Mesina en memoria de la patria que habían perdido.

El territorio de Mesenia fué repartido entre los vencedores; reducidos sus habitantes á la deplorable condición de ilotas, bañaron con los sudores de la esclavitud el suelo de su destruida patria. Doscientos años más tarde probaron una nueva tentativa para sacudir el yugo, si bien, como acontece á menudo, sólo consiguieron hacerlo más ominoso.

Aun cuando aprovecharan á la soberanía de Esparta tales victorias, las pagó con tanta sangre, que para reparar sus pérdidas tuvo necesidad de mucho tiempo. Acrecióse, pues, lentamente en medio de los dorios, ensanchando su territorio con detrimento de los argios y de los arcadios; hasta el año 150, en que logró avasallarlos completamente, no alcanzó la primacía entre los pueblos de la misma raza.

Ninguna alteración hubo de sufrir la constitución de Esparta mientras sus guerras no traspasaron los límites del Peloponeso, y fueron, por decirlo así, fratricidas. Sucedió de otro modo cuando se mezcló en los asuntos de Grecia, y pretendía ejercer allí la supremacía en rivalidad con Atenas, que marchaba al frente de la raza jónica. El hilo de nuestra narración nos conduce naturalmente á hablar de esta ciudad, cuyas costumbres fueron mucho más suaves.

## CAPITULO IV.

Atenas.—Solon.

Bajo el reinado de Ogyges el lago de Copay inundó la Atica (1759), y en aquel desastre se perdieron las tradiciones antiguas. Siglo y medio después (1610), llegó allí Cecrope desde Egipto, según se dice, enseñó á cultivar el olivo é instituyó el areópago. Tuvo lugar el diluvio de Deucalion en tiempo de Cranao, uno de sus sucesores (1523.—1509). Amfiction derrocó del trono á Attis, su suegro; más él fué también destronado por Erycthon, á quien sucedió Pandion y después Erecteo, bajo cuyo reinado, viniendo Cérés de Sicilia, abordó á las playas de Atica; es decir, que se propagó allí la agricultura.

Las primeras instituciones de este país denotan un origen extranjero; tienen mucho de Egipto el areópago y la distribución del pueblo en nobles, agricultores y artesanos; tampoco era ajena de ellos la India, pues allí encontramos los sacrificios de familia que debían cumplirse en los mismos grados de parentesco que entre los indios. Pero inmovilidad oriental no podía ser de larga duración en aquel territorio, y en él veremos al pueblo adquirir la libertad poco á poco. Hallándose Atenas por su situación y la naturaleza de su suelo, al abrigo de las incursiones de las hordas bárbaras, estaba más á su alcance hacer prosperar los gérmenes de la civilización en su seno.

Uno de los acontecimientos más antiguos de la Atica, es la guerra entre el ateniense Erecteo y el tracio Eumolpo. Habiendo obtenido la victoria el primero, confirmó la paz la supremacía de Atenas, y su alianza con Eleusis, alianza cimentada quizá por su admisión á los misterios de Cérés, instituidos en esta última ciudad. Puede ser considerado como fundador del estado ateniense, Teseo (1300), purgando el país de los bandidos y monstruos que le infestaban, libertándolo del tributo de siete mancebos y siete doncellas debido á Creta. Dió consistencia al gobierno juntando los cuatro distritos de la Atica, independientes hasta entonces uno de otro y señalando por capital del país á Atenas.

De él se han contado demasiadas cosas para que haya posibilidad de distinguir lo verdade-

ro de lo falso, y nada se sabe de sus sucesores hasta Codro (1123). Al invadir los heráclidas el Peloponeso, llegaron á aumentar la población de la Atica los jonios, arrojados de sus hogares; concibieron celos los heráclidas de Esparta y le declararon la guerra. Había vaticinado el oráculo que entre los dos ejércitos alcanzaría el triunfo aquel cuyo caudillo pereciera en el combate. Usando Codro de una estratagema para morir á manos del enemigo, aseguró á los suyos la victoria é hizo glorioso su nombre. Aun admirándole los atenienses no quisieron ya tener rey en lo sucesivo; se pusieron bajo la protección de Júpiter, y se hicieron gobernar por un arconte. Escogiósele en la familia de Codro para que fuese hereditario y perpetuo (1095); pero debia dar cuenta de su gobierno y someter su autoridad á la del pueblo en los negocios del Estado; á la del areópago en los asuntos criminales; á la del Prytaneo en las causas civiles. Descontentos muchos atenienses de este cambio pasaron al Asia Menor con los jonios, y fundaron allí colonias.

Adelantaron los atenienses un nuevo paso hacia la libertad cuando de perpetuo que era, hicieron decenal el poder del arconte (754), siempre elegido á pesar de eso en la familia de Codro. Hasta que por último sin que se sepa que revoluciones dieron margen á ello, ascendieron los arcontes al número de nueve para ejercer el poder durante un año. Los tres primeros desempeñaban las funciones atribuidas hasta entonces al jefe del Estado. De todos modos estos cambios no eran favorables más que á las familias descendientes de los conquistadores; á semejanza de los patricios de Roma constituían una tiranía vigorosa, no escogiendo más que en su seno los arcontes y los areopagitas. Sin embargo, los vencidos no se resignaban á la servidumbre como en Oriente, y á menudo se suscitaban conflictos entre el pueblo y la nobleza. Pero fuerte ésta con su unión sofocaba las reclamaciones de la muchedumbre; ejercitaba su autoridad rigurosamente, administraba justicia á su antojo, y oprimía á los deudores hasta el punto de vender sus hijos.

El arconte Dracon (624) había redactado leyes severas como todas las de las aristocracias heróicas; al parecer no era más que un código